



EPÍSTOLA ENCÍCLICA
SOBRE LA DEMOCRACIA CRISTIANA.
LEÓN P. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

LAS graves controversias de economía política, que tiempo ha debilitan en más de una nación la concordia de ánimos, de tal modo se propagan y enardecen, que no sin motivo tienen solícito y en suspenso el parecer de los hombres más prudentes. Su introducción fue debida en primer término á las falacias de opiniones ampliamente difundidas en el modo de filosofar y obrar. Después, el nuevo impulso que en nuestros días recibieron las artes, la rapidez de comunicaciones y los medios adoptados para la disminución del trabajo y aumento del salario, exacerbaron la contienda. Por último, provocada la separación entre ricos y pobres, merced á trabajos de hombres turbulentos, á tal extremo llegaron las cosas, que agitados los pueblos con frecuentes sublevaciones, parecen serán entristecidos con calamidades espantosas.

Apenas comenzó nuestro pontificado, Nos advertimos del peligro que por este concepto corría la sociedad civil y creemos deber Nuestro avisar á los católicos del grave error que se encubre en las invenciones del socialismo y del grave daño que de él se deriva, no solo á los bienes externos de la vida, si que también á la probidad de costumbres y á la religión. Con este objeto dirigimos la Carta Encíclica *Quod Apostolicis muneris* el 28 de Diciembre de 1878.

Aumentando la gravedad de estos peligros con detrimento privado y público, Nos con solícitud acudimos á re-

mediarlo, escribiendo al efecto las Encíclicas *Rerum novarum* el 15 de Mayo de 1891, en la que con extensión nos ocupamos de los derechos y deberes, con que las dos clases de la sociedad, patronos y obreros, deben convenir entre sí; señalando á su vez conforme á las prescripciones evangélicas, los remedios más oportunos, á nuestro juicio, para defensa de la justicia y para dirimir todo conflicto entre las clases de la sociedad.

Por favor divino no resultó defraudada nuestra confianza, puesto que los mismos disidentes del catolicismo, arrastrados por la fuerza de la verdad, han reconocido que á la Iglesia corresponde velar por las clases sociales, especialmente por las que se hallan en miserable estado de fortuna. Los católicos por su parte percibieron como fruto de nuestras enseñanzas, no solo estímulo y aliento para realizar óptimas empresas, sino que también la anhelada luz para, bajo su influencia, dedicarse con éxito y seguridad á esta clase de estudios, y de esta suerte las diferencias de opiniones que entre ellos existía en parte desaparecieron y en parte se mitigaron. En la práctica se consiguió fundar y aumentar útilmente valiosos elementos en defensa de la clase proletaria, principalmente donde mayor era su desventura, como son: la protección dispensada á los ignorantes llamada secretariado del pueblo, los bancos agrícolas, las sociedades de socorro mutuo, las ordenadas á remediarse en las necesidades é infortunios, los gremios de obreros y otros auxiliares de esta naturaleza.

De esta manera, bajo los auspicios de la Iglesia, se inicia entre los católicos cierta unión de acción en favor de la plebe, rodeada casi siempre no menos de asechanzas y peligros, que de penuria y trabajos. En principio no fué designada con nombre propio esta acción de beneficencia popular; el de *socialismo cristiano* empleado por algunos, así como los de él derivados no sin razón cayeron en desuso. Después con fundamento fué por muchos llamada *acción cristiana popular*. En algunas partes los que se dedican á esta obra son llamados *cristianos sociales*, en otras se llama *democracia cristiana* á la acción y *demócratas cristianos* á los que la prestan su concurso, en contraposición á la *democracia social* que persiguen los socialistas. De estas dos últimas denominaciones, si no la primera *sociales cristianos*, ciertamente la segunda *democracia cristiana* para muchos es ofensiva por suponer que encierra algo ambiguo y peli-

groso: temiendo, al efecto, que por este nombre bajo cubierto interés se fomenta el régimen popular ó se prefiera la democracia á las demás formas políticas, que se restrinja la religión cristiana reduciendo sus miras á la utilidad de la plebe, sin atender en nada al bien de las demás clases, y por último, que bajo ese especioso nombre, se encumbra el propósito de substraerse á todo gobierno legítimo ya civil ya sagrado. Agitándose esta cuestión con demasiada frecuencia y acritud, deber Nuestro es imponer límites á la controversia, definiendo qué deban sentir los católicos sobre el particular y además prescribir ciertas reglas que hagan más amplia y saludable su acción á la sociedad.

No hay duda alguna sobre lo que pretende la *democracia social* y lo á que deba aspirar la *democracia cristiana*. Porque la primera en muchos llega á tal grado de malicia, que nada admite fuera de lo natural, busca exclusivamente los bienes corpóreos y externos, poniendo la felicidad humana en su adquisición y goce. De aquí su deseo de que la autoridad resida en la plebe, para que suprimidas las clases sociales y nivelados los ciudadanos se establezca la igualdad de bienes; como consecuencia se aboliría el derecho de propiedad y la fortuna de los particulares así como los medios de vida pasarían á ser comunes. Por el contrario la *democracia cristiana*, por el hecho mismo de recibir ese nombre, debe estar fundamentada en los principios de la fe divina, atendiendo de tal suerte al interés de los plebeyos que procure perfeccionar saludablemente los ánimos, destinados á bienes sempiternos. Nada pues para ella tan santo como la justicia manda que se conserve íntegro el derecho de propiedad, defendiendo la diversidad de clases, propia de toda sociedad bien constituida y quiere que su forma sea la que el mismo Dios su autor ha establecido.

De donde claramente se infiere que nada hay de común entre la *democracia social* y la *cristiana* y que entre sí difieren como se diferencia la secta del socialismo y la profesión de la religión cristiana.

No sea empero lícito referir á la política el nombre de *democracia cristiana*; pues aunque *democracia*, según su significación y uso de los filósofos, denota régimen popular, sin embargo en la presente materia debe entenderse de modo que dejado todo concepto político, únicamente signifique la misma acción benéfica cristiana en favor del pue-

blo. Porque como los preceptos naturales y evangélicos preceden por sí todos los hechos humanos, es imposible dependan de ningún régimen civil, antes bien pueden armonizarse con cualquiera, con tal que no repugne á la honestidad y á la justicia. Son, pues, y permanecen ajenos enteramente dichos preceptos á las opiniones de los partidos y á todo evento, de manera que sea cual fuere la constitución de la república, puedan y deban los ciudadanos cumplir aquellas mismas leyes, en que se les manda amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á sí mismos. Esta fué la disciplina constante de la Iglesia y de ella usaron los R. Pontífices al tratar con las sociedades, cualquiera que fuere su forma de gobierno. Supuesto lo cual, la mente y acción de los católicos al promover el bien de los proletarios, en modo alguno ha de tender á desear y tratar de introducir un régimen social con preferencia á otro.

Por idéntica razón debe removerse de la *democracia cristiana* el otro concepto, que es atender de tal modo á las clases humildes, que parezcan preteridas las superiores, las cuales no menos contribuyen á la conservación y perfeccionamiento de la sociedad. A esta necesidad provee la ley de la caridad, de que antes hicimos mención la cual abraza á todos los hombres de cualquier condición, como á miembros de una familia creados por un mismo bondadoso Padre, redimidos por un mismo Salvador y llamados á una misma herencia eterna. Esta es la doctrina del Apóstol: *Un cuerpo y un espíritu, como fuisteis llamados en una esperanza de vuestra devoción. Un Señor, una fe, un bautismo. Un Dios y Padre de todos, que es sobre todos y por todas las cosas y en todos nosotros* (1). En consideración, pues, á la unión nativa de la plebe con las demás clases, afianzada por la fraternidad cristiana, en éstas ha de influir necesariamente toda diligencia que se emplee en ayuda de aquélla, lo cual se concibe mejor teniendo en cuenta que para el éxito en este orden, es necesario que aquellas clases sean llamadas á tomar parte en la obra, de lo cual nos ocuparemos luego.

Evitese asimismo, encubrir bajo la denominación de *democracia cristiana* el propósito de insubordinación y oposición á las autoridades legítimas, porque la ley natural y cristiana prescriben reverencia á los que según su grado, rigen la sociedad y obediencia á sus preceptos justos. Lo

(1) Eph. IV, 4-9.

cual ha de hacer el Cristiano para que sea digno de él, sinceramente y como deber: esto es por conciencia, como amonestó el Apóstol, cuando dijo: *toda alma esté sometida á las potestades superiores* (1). No se porta, por consiguiente, de manera cristiana el que rehusa someterse y obedecer á los que gozan de autoridad en la Iglesia, y en primer lugar á los Obispos, á quienes, salva la potestad del R. Pontífice, *ha puesto el Espíritu Santo para gobernar la Iglesia de Dios, la cual él adquirió con su sangre* (2). El que de otra manera sienta ó se conduzca se ha olvidado de aquel gravísimo precepto del mismo Apóstol: *obedeced á vuestros superiores y estadles sumisos. Porque ellos velan, como que han de dar cuenta de vuestras almas* (3). En gran manera interesa que los fieles graben en su corazón lo expuesto y lo cumplan en la conducta de su vida, los sacerdotes á su vez no cesen de inculcarlo á los demás, no tanto con la palabra como con el ejemplo.

Explicada esta doctrina, ya antes de ahora esclarecida, esperamos que desaparezca toda disensión respecto al nombre de democracia cristiana y toda sospecha de peligro en cuanto á lo que con tal nombre se significa. Y lo esperamos con razón. Porque prescindiendo, del parecer de algunos sobre la naturaleza y eficacia de esta democracia cristiana, en la cual hay exageración ó error, nadie habrá que censure esa acción, que solo aspira según la ley natural y divina á ayudar á los que viven del trabajo de sus manos, á hacerles menos penoso su estado y proporcionarles medios para atender á sus necesidades; á que fuera como dentro de sus hogares cumplan libremente los deberes de las virtudes y de la religión, á que se persuadan de que no son animales, sino hombres, cristianos, no paganos y de esta manera se dirijan con facilidad á aquella ÚNICA cosa NECESARIA, al último bien, para el que todos nacimos. Este es, en verdad, el fin, esta la empresa de los que entrañablemente quieren aliviar á la plebe cristiana y preservarla inclume de la peste del socialismo.

De propósito Nos hemos hecho mención de los deberes morales y religiosos. En opinión de algunos la llamada *cuestión social* es solamente *económica*, siendo por el contrario ciertísimo, que es principalmente moral y religiosa y por esto ha de resolverse en conformidad con las leyes

(1) Rom. XIII, 1-5. (2) Act. XX 28-3; Hebr. XIII 17.

de la moral y de la religión. Aumentad el salario al obrero, disminuíd las horas de trabajo, reducid el precio de los alimentos, pero si con esto dejais que oiga ciertas doctrinas y se mire en ciertos ejemplos, que inducen á perder el respeto debido á Dios y á la corrupción de costumbres, sus mismos trabajos y ganancias resultarán arruinados. La experiencia cotidiana enseña que muchos obreros de vida depravada y desprovistos de religión, viven en deplorable miseria, aunque con menos trabajo obtengan mayor salario. Alejad del alma los sentimientos que infiltró la educación cristiana; quitad la previsión, modestia, parsimonia, paciencia y las demás virtudes morales é inútilmente se obtendrá la prosperidad, aunque con grandes esfuerzos se pretenda. Esta es la razón porque Nos jamás hemos exhortado á los católicos á fundar sociedades y otras instituciones, para el feliz porvenir de la plebe, sin recomendarles á la vez que lo hicieran bajo la tutela y auspicios de la religión.

Tanto más digna de encomio nos parece esta acción benéfica de los católicos, cuanto que se despliegan en el mismo campo en que la caridad, bajo la benigna inspiración de la Iglesia, ejerció siempre su acción, acomodándose á las circunstancias de los tiempos. Esta ley de mutua caridad, que es como complemento de la justicia, no solo obliga á dar á cada uno lo suyo, no violar el derecho ajeno, sino que también á favorecerse unos á otros, *no de palabra, ni de lengua, sino de obra y de verdad* (1), recordando lo que Cristo amorosamente dijo á los suyos: *Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis los unos á los otros, así como yo os he amado, para que vosotros os améis también entre vosotros mismos. En esto conocerán todos que sois mis discípulos si tuviéreis caridad entre vosotros* (2). Y aunque este mutuo auxilio debe mirar á los bienes no caducos, sin embargo debe extenderse á las necesidades de la vida; á cuyo propósito conviene recordar, que cuando los discípulos del Bautista preguntaron á Cristo: *Eres tú el que has de venir ó esperamos á otro?*, él mismo para mostrar el motivo de su divina misión entre los hombres presentó la razón de caridad, refiriéndose á la sentencia de Isaías: *los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados* (3). Y ha-

(1) 1 Joan III, 18.—(2) Joann, XIII, 34 y 35.—(3) Matth. IX, 5.

blando del juicio final y de la distribución de los premios y penas, declaró que especialmente atendería á la caridad con que recíprocamente se hubiesen tratado los hombres, y llena de admiración que pasando en silencio en ese punto las obras espirituales de caridad, se ocupara solo de los deberes de la caridad externa considerándola como hecha en favor suyo: *tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era huésped y me hospedasteis; desnudo y me cubristeis, enfermo y me visitasteis; estaba en la cárcel y vinisteis á verme* (1). A estas lecciones de caridad espiritual y corporal añadió Cristo insignes ejemplos, como todos saben; y por lo que al presente se refiere, grato es recordar aquella frase salida de su corazón paternal: *Compasión tengo de estas gentes* (2) y la voluntad de socorrer aquella necesidad hasta de modo milagroso: de cuya grande misericordia queda este encomio: *pasó haciendo bien y sanando á todos los oprimidos del diablo* (3). Semejante escuela de caridad siguieron desde el principio los Apóstoles con suma diligencia; y los que después abrazaron el cristianismo, fueron autores de varias instituciones con las que procuraron remediar todo género de miserias humanas; cuyas instituciones favorecidas con incesantes incrementos, son en verdad preclaro ornato del cristianismo y de la civilización que de él procede: los hombres rectos no cesan de admirarlas, teniendo en cuenta que en todos y cada uno hay propensión hacia el propio interés sin cuidarse del ajeno.

De las obras de beneficencia no se ha de excluir la distribución del dinero en limosnas, según aquellas palabras de Cristo: *dad limosna de lo que os sobra* (4). Los socialistas la reprobaban y quisieran suprimirla, como injuriosa á la nobleza ingénita del hombre. Mas cuando se da limosna, según la prescripción evangélica (5) y conforme al uso cristiano, ni alienta la soberbia en quien la hace, ni avergüenza á quien la recibe. Tan lejos está de ser indecoroso al hombre la limosna, que antes bien sirve para estrechar los vínculos de la sociedad humana, fomentando la necesidad de deberes entre los hombres, porque no hay nadie, por rico que sea, que no necesite de otro, ni nadie absolutamente pobre, que no pueda ayudar en algo á otro. Harmonizadas de esta suerte entre sí la justicia y la caridad, abrazan de modo maravilloso todo el cuerpo de la sociedad

(1) Job. XXV, 35-36. (2) Marc. VIII, 2. (3) Act. X, 38. (4) Luc. XI, 41. (5) Matth. V, 24

humana y conducen providencialmente á cada uno de sus miembros á la consecución del bien individual y común.

Cede también en honor y justa alabanza de la caridad, el socorrer las necesidades de la plebe, no ya con auxilios transitorios, sino también por medio de instituciones permanentes, en las que tienen los necesitados ventajas más estables y seguras. Todavía es más digno de aplauso el propósito de infundir en el ánimo de los artesanos y obreros el espíritu de parsimonia y previsión, para que de este modo puedan, en el discurso de la edad, atender al menos en parte á sus necesidades. Tal propósito no solo alivia el deber de los ricos para con los pobres, sino que á su vez cede en bien de los proletarios, pues estimulándolos á que se preparen un porvenir más alagüeño, les aparta de los peligros, reprime en ellos el ímpetu de las pasiones y les atrae al ejercicio de las virtudes.

Entiéndase, pues, que esta acción de los católicos en favor y auxilio de la plebe, concuerda con el espíritu de la Iglesia y es fiel reflejo de los ejemplos admirables que ella ha dado; sin que interese en gran manera llamar al conjunto de estas obras *acción cristiana popular*, ó denominarlo *democracia cristiana*. siempre que se observen, con el obsequio que se merecen y en toda su integridad, nuestras enseñanzas. En cambio importa demasiado que en negocio tan grave, sea una misma la mente, deseo y acción de los católicos y no interesa menos que esta misma acción aumente y se aplie. Se debe, al efecto, procurar con especialidad la benévola cooperación de aquellos que por su nacimiento, posición, cultura de ingenio y educación gocen de mayor autoridad en la sociedad; faltando este elemento poco puede realizarse en orden al anhelado bien del pueblo: por el contrario, tanto más breve y seguro será el camino que él conduce, cuanto mayor sea el número de los cooperadores y más eficaz su cooperación. Nuestro deseo sería que consideraran que no están exentos de procurar la suerte de los pobres, sino que á ello están obligados. Porque en la sociedad no vive solo cada individuo para sí, sino que también para la comunidad; de esta suerte lo que unos no pueden hacer por el bien común, suplirlo con largueza los que puedan. La superioridad misma de los bienes recibidos, de la que ha de darse estrecha cuenta á Dios que los ha otorgado, demuestra la gravedad de esta obligación, como también la declara el torrente de males, que á no prevenir-

se con tiempo acarrearán la ruina de todas las clases sociales; resultando de aquí que el que desprecia la causa de la plebe, se acredita de imprevisor respecto de sí, como de la sociedad. No hay que temer, si esta acción social animada de espíritu cristiano se propaga y prospera, que se esterilicen y desaparezcan como absorbidos por las nuevas sociedades, los institutos debidos á la piedad y previsión de nuestros antepasados, porque éstos como aquéllas, están animados de un mismo espíritu de religión y caridad, y no siendo, por otra parte, opuestas entre sí, fácilmente podrán unirse para atender á las necesidades del pueblo y á los peligros cada día más graves. La realidad clama y clama con vehemencia diciendo que es necesario valor y unión, puesto que se vislumbra un cúmulo inmenso de desventuras y amenazan pavorosas catástrofes, por efecto, principalmente, del incremento que toma la secta de los socialistas. Con astucia invaden el seno de la sociedad y en las tinieblas de ocultas reuniones como en público, por medio de conferencias y escritos, excitan las muchedumbres á la sedición; abandonada toda idea religiosa, rechazan los deberes, proclamando solo el derecho, y así inflaman á las turbas, más nutridas cada día de menesterosos, á quienes la propia miseria hace que caiga con facilidad en el engaño y sean arrastradas al error. Trátase, pues, de los intereses de la sociedad y religión, lo cual deben defender de manera decorosa los buenos.

Para que la concordia de ánimos adquiera la deseada estabilidad, es necesario que todos se abstengan de las cuestiones que ofenden y dividen. Omitase, pues, así en los diarios como en las conferencias populares, ciertas cuestiones muy sutiles y de escaso interés, cuya solución é inteligencia exigen capacidad suficiente y cultura no vulgar. Propio es del hombre dudar en muchas cosas y en otras sentir de manera diversa á la que otros sienten; conviene por tanto, á los que sinceramente buscan la verdad, que en las disputas observe igualdad de ánimo y modestia y mutua reverencia, para que de esta suerte el disentimiento de opiniones no acarree el disentimiento de voluntades. En las cuestiones dudosas puede cada uno defender la opinión que mejor le pareciere, siempre que esté dispuesto á someterse á las decisiones de la Sede apostólica.

Esta acción de los católicos se desplegará con más amplitud y eficacia, si todas las instituciones, conservando su

derecho, son dirigidas por un mismo impulso. En Italia deseamos que este impulso corresponda á los Congresos y comités católicos tantas veces por Nos alabados, á los cuales nuestro Predecesor y Nos confiamos la misión de la acción común de los católicos, bajo la dirección y tutela de los Obispos. Hágase lo mismo en las demás naciones, si hay asociaciones á quien se haya encomendado tal cargo.

En este orden de cosas que tan directamente ligan los intereses de la Iglesia y de la plebe cristiana, claramente aparece cuanto deban trabajar los sagrados ministros y cuán poderosos son los medios de doctrina, prudencia y caridad de que para dicho fin disponen. Más de una vez Nos, hablando á los eclesiásticos, hemos creído conveniente manifestarles que al extremo á que llegaron los tiempos, es oportuno descender al pueblo y comunicarse saludablemente con él. Con frecuencia asimismo en cartas dirigidas á los Obispos y varones eclesiásticos en estos últimos tiempos (1), alabamos esta amorosa solicitud para con el pueblo; diciendo que era propia de uno y otro clero. Pero condúzcanse en esto con gran cautela y prudencia á semejanza de los santos. El pobre y humilde Francisco, el padre de los desgraciados Vicente de Paul y otros muchos varones, en todas las épocas de la Iglesia, ordenaron de tal modo su asiduo cuidado hacia el pueblo, que sin olvidarse de sí atendieron con igual interés á la perfección de todas las virtudes. Sobre este particular Nos place exponer á la consideración una cosa, en que no solo los eclesiásticos sino todos los favorecedores de la causa del pueblo, puedan con facilidad hacerse beneméritos. Y consiste en inculcar oportunamente en el ánimo de la plebe estos consejos: que se guarden de las sediciones y de los sediciosos; que consideren inviolable el derecho ajeno; que reverencien á sus señores y hagan lo que les mandan; que no sientan aversión á la vida doméstica fecunda en muchos bienes; que observen la religión y de ella tomen consuelo en las contrariedades de la vida. Para el más feliz éxito de este propósito, servirá de poderoso medio recordarles el singular modelo de la Sagrada Familia de Nazaret, proponerles el ejemplo de los que siendo de su condición llegaron á la cumbre de la virtud y por último fomentar la esperanza del premio que está reservado en una vida más dichosa.

(1) A. General de la Orden de Hermanos menores é 21 de Noviembre de 1893.

Finalmente, de nuevo aconsejamos, que no se olviden los individuos y sociedades al poner en práctica cualquier proyecto con el propósito indicado, de la plena obediencia que deben á la autoridad de los Obispos. No se dejen alucinar de cierto celo de caridad intemperante, lo cual ni es sincero, ni fecundo ni grato á Dios, si tiende á menoscabar el deber de obediencia. Dios se complace en los que olvidados de sus opiniones, oyen á los Prelados de la Iglesia como si á Él oyeran y les asiste en sus empresas por difíciles que sean, coronándoles benigno con el éxito. Añádese á lo indicado el ejemplo de las virtudes en especial, de las que acreditan al hombre de enemigo de la pureza y placeres y de dispensador benévolo de lo superfluo para utilidad del prójimo; porque estos ejemplos excitan saludablemente el espíritu del pueblo y tienen tanta mayor eficacia cuanto que son más conspicuos los ciudadanos en quien se admiran.

Os exhortamos, Venerables Hermanos, á procurar estas cosas, según la oportunidad de lugares y personas, con la prudencia y solicitud que os es propia y á que os aconsejéis mutuamente sobre este asunto en vuestras acostumbradas reuniones. Entiéndase vuestra vigilancia y autoridad á regular, refrenar y cohibir para que de esta suerte no se relaje, so pretexto de fomentar el bien, el vigor de la disciplina eclesiástica, ni se turbe el orden señalado por Cristo á su Iglesia. Aparezca con esplendidez en la obra recta, concorde y progresiva de los católicos, que la tranquilidad del orden y la verdadera prosperidad florece en los pueblos bajo la dirección y ayuda de la Iglesia, á la cual incumbe el sagrado deber de avisar á cada uno de sus obligaciones según los preceptos cristianos, de estrechar con la caridad fraterna á los ricos y á los pobres y de levantar y confortar los ánimos en las adversidades humanas.

Confirme nuestras amonestaciones y deseos la exhortación tan llena de caridad apostólica de San Pablo á los Romanos: *Os ruego..... Reformaos en novedad de vuestro espíritu... El que reparte, en sencillez; el que preside, en solicitud; el que hace misericordia, en alegría. El amor sea sin fingimiento. Odiando lo malo, aplicándoos á lo bueno. Amándoos recíprocamente con amor fraternal: adelantándoos para honraros los unos á los otros: En hacer bien, nada perezosos: en la esperanza, gozosos: en la tribulación, sufridos: en la oración,*

perseverantes: Socorriendo las necesidades de los santos: ejercitando la hospitalidad: Gozaos con los que se gozan: llorad con los que lloran: Sintiendo entre vosotros una misma cosa: No pagando á nadie mal por mal: procurando bienes no solo delante de Dios, sino también delante de todos los hombres (1).

Como auspicio de tales bienes descienda la Bendición Apostólica, que amorosamente os damos en el Señor á Vosotros, Venerables Hermanos, al Clero y á vuestro pueblo.

Dado en Roma, junto á San Pedro el 18 de Enero del año 1901, vigésimotercero de Nuestro Pontificado.

LEON XIII, PAPA.

(1) XI, 1-17.





EPISTOLA ENCYCLICA

DE DEMOCRATIA CHRISTIANA

LEOPP. XIII

VENERABILES FRATRES

SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

CHAVES de communi re oeconomica disceptationes, quae non una in gente in dudum animorum labefactant concordiam, crebrescunt in dies valentque adeo, ut consilia ipsa hominum prudentiorum suspensa merito habeant et sollicita. Eas opinionum fallaciae, in genere philosophandi aegritudine late diffuse, invexere primum. Tum nova, quae tulit aetas, artibus adiumenta, commerciorum celeritas et adscita minuendae operae lucrisque augendis omne genus organa, contentione acuerunt. Denique, locupletes inter ac proletarios, malis turbulatorum hominum studiis, concitato dissidio, eo res iam est deducta, ut civitates saepius egritatis motibus, magnis etiam videntur calamitatibus funestandae.

Nos quidem, pontificatu vix inito, probe animadvertimus quid civilis societas ex eo capite periclitaretur, officioque esse duximus catholicos monere *patrum*, quantum in socialismi placitis laeret error, quantum immineret inde pernicies, non externis vitae bonis tantummodo, sed morum etiam probitati religiosaeque rei. Huc spectant litterae encyclicae *Quod Apostolici muneris*, quas dedimus die 28 decembris anno 1878.—Verum, periculis iis ingreventibus maiore quotidie cum damno privatum publici, iterum Nos eoque auxilium ad providendum contendimus. Datisque similiter litteris *Rerum novarum*, die 5 maii anno 1891, de iuribus et officiis fore diximus, quibus geminas civium classes, eorum qui rem et eorum qui operam confidunt, congruere inter se oporteret; simulque remedia ex evangelicis praescriptis monstravimus, quae ad tuendam iustitiae et religionis causam, et ad civitacionem omnem inter civilis ordine dirimendam visa sunt in primis utilia.

Nec vero Nostra, Deo dante, irrita cessit fiducia. Siquidem vel ipsi qui a catholicis dissident, veritatis vi comati, haec tribuendum Ecclesiae professi sunt, quod ad omnes civilis gradus se porrigit providentem, atque ad illos praecipue qui misera in fortuna ver-

santur. Saesque uberes ex documentis Nostris catholici percipere fructus. Nam inde non inclementa solum viresque hauserunt ad coepte optima-persequenda; sed lucem etiam mutuatam sunt optatum cuius beneficio huiusmodi disciplinae studio tutius si quidem ac feliciter inisterent. Hinc factum ut opinionum inter eos dissensiones, partim submelae sint partim mollitae interquieverint. In actione vero, id consecutum est ut ad curandas proletariorum rationes, quibus praesertim locis magis erant afflictatae, non pauca sint constanti proposito vel novo induela vel aucta utiliter; cuiusmodi sunt: ea ignavis oblata auxilia, quae vocant secretariatus populi; mensae ad ruralium mutationes; consociationes, aliae ad suppetias mutuo ferendas, aliae ad necessitates ob infortunia levandas; opifitum sodalitia; alia id genus et societatum et operum adiumenta.

Sic igitur, Ecclesiae auspiciis, quaedam inter catholicos tum coniunctio actionis tum institutorum providentia inita est in praesidium plebis tam saepe non minus insidiis et periculis quam inopia et laboribus circumventae. Quae popularis beneficentiae ratio nulla quidem propria appellatione initio distingui consuevit: *socialismi christiani* nomen a nonnullis inventum et derivata ab eo haud immerito obsceverant. Eam deinde pluribus iure nominare placuit *actionem christianam popularem*. Est etiam ubi, qui tali rei dant operam *sociales christiani* vocantur; alibi vero ipsa vocatur *democratia christiana*, ac *democratici christiani* qui eidem dediti; contra eam quam socialistae contendunt *democratiam socialem*.—Imvero e his rei significandae modis postromo loco allatis, si non adeo primus, *sociales christiani*, alter certe, *democratia christiana* apud bonos plures offensionem habet, quippe cui ambiguum quiddam et periculosum adhaerescere existimant. Ab hac enim appellatione metunt, plus una de causa; videlicet, ne quo obiecto studio popularis civitas fovetur vel ceteris pollicellis formis praecipitur; ne ad plebis commoda, ceteris rei publicae tanquam semotis rei publicae ordinibus, christianae religionis virtus constringatur videatur; ne denique sub fucato nomine quoddam lateat propositum legitimi cuiusvis imperii, civilis, sacri, detrectandi. Qua de re quum vulgo iam nimis et nonnunquam scriberet disceptetur, monet conscientia officii ut controversiae modum imponamus, definiendes quidnam sit a catholicis in hac re sentiendum; praeterea quaedam praescribere consilium est, quo amplior fiet ipsorum actio, multoque salubrior civili eveniat.

Quid *democratia socialis* velit, quid velle *christianam* oporteat, incertum plene esse nequit. Altera enim, plus minusve intemperanter eam libeat profiteri, usque eo pravitate a multis compellitur, nihil ut quidquam supra humana reputet; corporis bona atque externa consecetur, in eisque ceptandis frendis hominis beatitatem constituent. Hinc imperium penes plebem in civitate velint esse, ut, sublatis ordinum gradibus aequalibus civibus, ad honorum etiam inter eos aequalitatem sit progressus: hinc ius dominii delendum; et quidquid fortunarum est singulis, ipsaque instrumenta vitae, com-

munia habenda. At vero democratia christiana, eo nimirum quod christiana dicitur, suo veluti fundamento, positus a divina fide principis nili debet, infirmorum sic prospiciens utilitatibus, ut animos ad sempterna factos convenienter perficiat. Proinde nihil sit illi iustitia sanctius; ius potiundi possidendi iubeat esse integrum; dispares tueatque ordines, sane proprios bene constituta; civitatis eam demum humano convictui velit formam atque indolem *socialis et christianae* communionem esse nullam: esse nempe inter se differant tantum, quantum socialismi secta et professio christianae legis.

Nefas autem sit christianae democratiae appellationem ad politica detorqueri. Quamquam enim *democratia*, ex ipsa notatione nominis usque philosophorum, regimem indicat populare; attamen in re praesenti sic usurpanda est, ut omni politica notione detracta, aliud nihil significatum praeferat, nisi hanc ipsam beneficam in populum actionem christianam. Nam naturae et evangelii praecepta quia suoapte iure humanos casus excedunt ea necesse est ex nullo civilis regiminis modo pendere; sed convenire cum quovis posse, modo non honestati et iustitiae repugnet. Sunt ideo ista manentque a partium studiis variisque eventibus plane aliena: ut in qualibet demum rei publicae constitutione, possint cives ac debeant iisdem stare praeceptis, quibus iubentur Deum super omnia, proximos sicut se diligere. Haec perpetua Ecclesiae disciplina fuit; hac usi romani Pontifices cum civitatibus egere semper, quocumque illae administrationis genere tenerentur. Quae quum sint ita, catholico um mens atque actio, quae bono proletariorum promovendo studet, eo profecto spectare nequaquam potest, ut aliud prae alio regimen civitatis admet atque invehat.

Non dissimili modo a democratia christiana removendum est alterum illud offensionis caput: quod nimirum in commodis inferiorum ordinum curas sic collocet, ut superiores praeterire videatur; quorum tamen non minor est usus ad conservationem perfectioemque civitatis. Praecavat id christiana, quam nuper diximus, caritatis lex. Haec ad omnes omnino cuiusvis gradus homines patet completendos, utpote unius eiusdemque familiae, eodem benignissimo editos Patre et redemptos Salvatore, eandemque in hereditatem vocatos aeternam. Scilicet, quae est doctrina et admonitio Apostoli: *Unum corpus; et unus spiritus, sicut vocati estis in una spe vocatio- nis vestrae. Unus Dominus, una fides, unum baptisma. Unus Deus et Pater omnium, qui est super omnes, et per omnia et in omnibus nobis* (1). Quare propter nativam plebis cum ordinibus ceteris co- punctionem, eamque arctiorem ex christiana fraternitate, in eosdem certe influit quantumque plebi adiutandae diligentia impenditur; eo vel magis quis ad exitum rei secundum plane docet ac necesse est ipsos in partem operae advocari, quod infra aperiemus.

(1) Eph. IV, 4-6.

Longe pariter absit, ut appellatione democratiae christianae propositum subdatur omnis abiectendae obedientiae eosque aversandi qui legitime praesunt. Reverere eos qui pro suo quisque gradu in civitate praesunt, eisdemque iuste iubentibus obtemperare lex aequae naturae et christiana praecipit. Quod quidem ut homine eodemque christiano sit dignum, ex animo et officio praestari oportet, scilicet *propter conscientiam*, quemadmodum ipse monuit Apostolus, quum illud edixit: *Omnis anima potestatibus sublimioribus subdita sit* (1). Abhorret autem a professione christianae vitae, ut quis nolit iis subesse et parere, qui cum potestate in Ecclesia antecedunt: Episcopis in primis, quos, integra Pontificis romani in universos auctoritate, *Spiritus Sanctus posuit regere Ecclesiam Dei, quam acquisivit sanguine suo* (2). Iam qui secus sentiat aut faciat, is enimvero gravissimum eiusdem Apostoli praeceptum oblitus convincitur: *Obedite praepositis vestris, et subiacete eis. Ipsi enim pervigilant, quasi rationem pro animabus vestris reddituri* (3). Quae dicta permagni interest ut fideles universi alte sibi defigant in animis atque in omni vitae consuetudine perficere studeant: eademque sacerdotum ministri diligentissime reputantes, non hortatione solum, sed maxime exemplo, ceteris persuadere ne intermittant.

His igitur revocatis capitibus rerum, quas antehac per occasio- nem data opera illustravimus, speramus fore ut quaevis de christi- nae democratiae nomine dissensio, omnisque de re, eo nomine significata, suspicio-periculi iam deponatur. Et iure quidem speramus. Etenim, iis missis quorundam sententis de huiusmodi democra- tiae christianae vi ac virtute, quae immoderatione aliqua vel errore non careant; certe nemo unus studium illud reprehenderit, quod, secundum naturalem divinamque legem, eo unice pertineat, ut qui vitam manu et artibus sustentat, tolerabiliorem in statum addu- cantur, habeantque sensim quo sibi ipsi prospiciant; domi atque palam officia virtutum et religionis libere explant; sentiant se non animantia sed homines, non ethnichos sed christianos esse; atque adeo ad *unum* illud *necessarium*, ad ultimum bonum, cui nati sumus, et facilius et studiosius nitentur. Iamvero hic finis, hoc opus eorum qui plebem christiano animo velint et opportune rele- vatam et a peste incolumem socialismi.

De officiis virtutum et religionis modo Nos mentionem consulo iudicimus. Quorundam enim opinio est, quae in vulgus manat, *quaestionem socialem*, quam solum, *economicam* esse tantummodo: quum contra verissimum sit, eam morealem in primis et religiosam esse, ob eandemque rem ex lege morum locissime et religionis iudicio dirimendam. Esto namque ut operam potentibus geminetur merces; esto ut contrahatur operi tempus; etiam annonae sit vititas; atqui, si mercenarius eas audiat doctrinas, ut assolet, eisque utatur

(1) Rom. XIII, 1, 5.—(2) Act. XX, 28.—(3) Hebr. XIII, 17.

exemplis, quae ad exuendam Numinis reverentiam alliciant depravandosque mores, eius etiam labores ac rem necesse est dilabi. Periclitatione atque usu perspectum est, opifices plerisque anguste misereque vivere, qui, quamvis operam habeant breviorum spatio et uberiore mercede, corruptis tamen moribus nulloque religionis disciplina vivunt. Deme animis sensus, quos inserit et colit christiana sapientia; dome providentiam, modestiam, parsimoniam, patientiam ceterosque rectos naturae habitus: prosperitatem, etsi multum contendas, frustra persequere. Id plane est causae, cur catholicos homines inire coetus ad meliora plebi paranda, aliaque similiter instituta invehere. Nos nunquam hortati sumus, quin pariter moneremus, ut haec religione auspice fierent eaque adiutrice et comite.

Videtur autem propensae huic catholicorum in proletarios voluntati eo maior tribuenda laus, quod in eodem campo explicatur, in quo constanter feliciterque, benigno efflatu Ecclesiae, actiosa caritatis certavit industria, accommodata ad tempora. Cuius quidem mutuae charitatis lege, legem iustitiae quasi perficiente, non sua solum iubetur cuique tribuere ac iure suo agentes non prohibere; verum etiam gratificari invicem, *non verbo, neque lingua, sed opere et veritate* (1); memores quae Christus pe-amanter ad suos habuit: *Mandatum novum do vobis: ut diligatis invicem, sicut dilexi vos ut et vos diligatis invicem. In hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem* (2). Tale gratificandi studium, quamquam esse primum oportet de animorum hono non caduco sollicitum, praetermittere tamen haudquaquam debet quae usui sunt et adiumento vitae. Qua in re illud est memoratu dignum, Christum, sciscitantibus Baptistae discipulis: *Tu es qui venturus es, an alium expectamus?* demandati sibi inter homines numeris arguisse causam ex hoc caritatis capite, *Isaiae excitata sententia: Caeci vident, claudi ambulantes leprosi mandantur, surdi audiunt, mortui resurgunt, pauperes evangelizantur* (3). Idemque de supremo iudicio ac de praemis poenisque decernendis eloquens, professus est se singulari quadam respectuum ratione, qualem homines charitatem alter alteri adhibuissent. In quo Christi sermone id quidem admiratione non vacet, quemadmodum ille, partibus misericordiae solantis animos tacite omissis, externae tantum commemorerit officia, atque ea tamquam sibi metipsum impensa: *Esuriri, et dedistis mihi manducare; siti, et dedistis mihi bibere; hospes eram, et collegistis me; nudus, et cooperavistis me; infirmus, et visitastis me; in carcere eram, et venistis ad me* (4).

Ad haec documeta caritatis utraque ex parte, et animae et corporis hono, probundae, addidit Christus de se exempla, ut nemo ignorat, quam maxime insignia. In re praesenti sane suavissima est

(1) I. Ioan. III, 18.—(2) Ioan. XIII, 34-35.—(3) Math. XI, 5.—(4) Ib. XXV, 35-36.

ad recolendum vox ea paterno corde emissa: *Miseraror super turbam* (1), et par voluntas ope vel mirifica subveniendi; cuius miseracionis praeconium extat: *Pertransit benefacendum et sanando omnes oppressos a diabolo* (2).— Traditam ab eo caritatis disciplinam Apostoli primum sancte naviterque coluerunt; post illos qui christianam fidem amplexi sunt, auctores fuerunt inveniendae variae institutorem copiae ad miseriam hominum, quaeumque urgeant, allevandas. Quae instituta, continuis incrementis procreta, christiani nominis parteque inde humanitatis propria ac proclera sunt ornamta: ut ea integri iudicii homines satis admirari non queant, maxime quod tam sit proclive ut in sua quisque ferstur comoda, aliena posthabeat.

Neque de eo numero bene factorum excipienda est erogatio stipis, elemosinae usus; ad quam illud pertinet Christi: *Quod superest, date elemosinam* (3). Hanc scilicet socialistae carpiunt atque e medio sublatam volunt, utpote ingentiae homini nobilitati iniuriosam. At enim si ad evangelii praescripta (4), et christiano ritu fiat, illa quidem neque erogentium superbiam alit, neque affert accipientibus verecundiam. Tentum vero adest ut homini sit indecora, ut potius foveat societatem coniunctionis humane, officiorum inter homines fovendo, necessitudinem. Nemo quippe hominum est adeo locuples, qui nullius indigeat, nemo est egenus adeo, ut non alteri possit quae re professe: est id innatum, ut opem inter se homines et fidenter poscant et ferant benevole.— Sic nempe iustitia et caritas inter se devinctae, aeque Christi mitique iur-, humanae societatis compagem mire continent, ac membra singula ad proprium et commune bonum providenter adducunt.

Quod autem laboranti plebi non temporaria tantum subsidia, sed constanti quaedam institutorum ratione subveniatur, caritati pariter laudi vertendum est; certius enim firmiusque egentibus stabilis. Eo amplius est in laude ponendum, velle eorum animos, qui exercere artes vel operas locent, sic ad parsimoniam providentiamque formari, ut ipsi sibi, decursu aetatis, saltem ex parte consulant. Tale propositum, non modo locupletum in proletarios officium elevat, sed ipsos honestat proletarios; quos quidem dum excitat ad clementiorem sibi fortunam parandam, idem a periculis arceat et ab intemperantia coercet cupiditatem, idemque ad virtutis cultum invitat. Tantae igitur quum sit utilitas ac tam congruentis temporibus, dignum certe est in quo caritas tonorum alacris et prudens confendat.

Menet igitur, studium istud catholicorum solendae erigendaeque plebis plane congruere cum Ecclesiae ingenio et perpetuis iusdem exemplis optime respondere. Ea vero quae ad id conducant, utrum actionis christianae popularis nomine appellentur, an demo-

(1) Marc. VIII, 2.—(2) Act. X, 38.—(3) Luc. XI, 41.—(4) Matth. VI, 2-3.

cratae christianae, parvi admodum refert; si quidem impertita a Nobis documenta, quo par est obsequio, integra custodiantur. At refert magnopere ut, in tantū momentū re, una eademque sit catholicorum hominum mens, una eademque voluntas atque actio. Nec refert minus ut actio ipsa, multiplicatis hominum rerumque praesidiis, augeatur, amplificetur.—Eorum praesertim advocanda est benigna opera, quibus et locus et census et ingenii animique cultura plus quiddam auctoritatis in civitate conciliant. Ista si desit opera, vix quidquam confici potest quod vere valeat ad quaesitas popularis vitae utilitates. Sane ad id eo certius breviusque patebit iter, quo impositus multiplex praestantiorum civium efficientia conspiret. Ipsi autem considerent velimus non esse sibi in integro, infirmorum curare sortem an negligere; sed officio prorsus teneri. Nec enim suis quisque commodis tantum in civitate vivit, verum etiam communibus: ut, quod alii in summam communis boni conferre pro parte nequeant, largius conferant alii qui possint. Cuius quidem officii quantum sit pondus ipsa edocet acceptorum honorum praesentia, quam consequitur necesse est restrictio ratio, summo reddenda largitori Deo. Id etiam monet malorum lues, quae, remedio non tempestive adhibito, in omnium ordinum perniciem est aliquando eruptura: ut nimirum qui calamitosae plebis negligat causam, ipse sibi et civitati faciat improvide.—Quod si actio ista christiano more socialis late obtineat vigetque.—Quod si actio ista christiano more socialis late obtineat vigetque sincera, nequaquam profecto fiet, ut cetera instituta, quae ex maiorum pietate ac providentia iam pridem extant et florent, vel exarescant vel novis institutis quasi absorpta deficient. Haec enim atque illa, utpote quae eodem consilio religionis et caritatis impulsa, neque re ipsa quidquam inter se pugnantia, commode quidem componi possunt et cohaerere tam apte, ut necessitatibus plebis periculisque quotidie gravioribus eo opportunius liceat, collatis benemerendi studiis, consulere.—Res nempe clamat, vehementer clamat, audentibus animis opus esse viribusque coniunctis; quum sane nimis ampla aerumnarum seges obversetur oculis, et perturbatio omnium extitit impendeant, maxime ab invalescente socialistarum vi, formidolosa discrimina. Callide illi in sinum invadunt civitatis: in occultorum conventuum tenebris ac palam in luce, qua voce qua scriptis, multitudinem seditione concitant; disciplina religio sine obiecta, officia negligunt, nil nisi iura extollunt, ac turbas egentium quotidie frequentiores sollicitant, quae ob rerum angustias facilius deceptioni patent et ad errorem rapiuntur.—Aequae de civitate ac de religione agitur res: utramque in suo tueri honore sanctum esse bonis omnibus debet.

Quae voluntatum consensio ut optato consistat, ab omnibus praeterea abstinentum est contentio causa quae offendant animos et disiungant. Proinde in ephemeridum scriptis et concionibus popularibus sileant quaedam subtiliores neque ullius fere utilitatis quaestiones, quae quum ad expediendum non faciles sunt, tum etiam ad intelligendum vim aptam ingenii et non vulgare studium exposcunt.

Sane humanum est, haerere in multis dubios et diversos diversa sentire: eos tamen qui verum ex animo persequantur addeat, in disputatione adhuc incipit, aequanimitatem servare ac modestiam mutuaque observantiam; ne scilicet, dissidentibus opinionibus-voluntates item dissideant. Quidquid vero, in causis quae dubitatot nem non respiciant, opinari quis malit, animus sic semper gerat, u, Sedi Apostolicae dicto audiens esse velit religiosissimo.

Atque ista catholicorum actio, qualiscumque est, ampliore quidem cum efficacitate procedet, si consociationes eorum omnes, salvo suo cuiusque iure, una eademque primaria vi dirigente et movente processerint. Quae ipsis partes in Italia volumus praestet institutum illud, a Congressibus coetibusque catholicis, saepenumero a Nobis laudatum: cui et Decessor Noster et Nosmetipsi curam hanc demandavimus communis catholicorum actionis, auspicio et ductu sacrorum Antistitum, temperandae. Item porro fiat apud nationes ceteras, si quis usquam eiusmodi esse praecipuus coetus, cui id negotii legitimum iure sit datum.

Iamvero in toto hoc rerum genere, quod cum Ecclesia et plebis christianae rationibus omnino copulatur, apparet quid non elaborare debeant qui sacro munere fungantur, et quam varia doctrinae, prudentiae, caritatis industria id possint. Prodire in populum in eoque salutariter versari opportunum esse, prout res sunt ac tempora, non semel Nobis, homines ac clero allocutis, visum est affirmare. Saepius autem per litteras ad Episcopos aliosve sacri ordinis viros, etiam proximis annis (1), datas, hanc ipsam mentem populi providentiam collaudavimus, propriamque esse diximus utriusque ordinis clericorum. Qui tamen in eius officiis explendis caute admodum prudenterque faciant, ad similitudinem hominum sanctorum. Franciscus ille pauper et humilis, ille calamitosorum pater Vincentius a Paulo, alii in omni Ecclesiae memoria complures, assiduas curas in populum sic temperare consueverunt, ut non plus aequo distenti neque immemores sui, contentione pari suum ipsi animum ad perfectionem virtutis omnis excolerent.—Unum hic libet paulo expressius subicere, in quo non modo sacrorum administri, sed etiam quotquot sunt popularis causae, studiosi, optime de ipsa, nec difficili opera, mereantur. Nempe, si pariter studeant per opportunitatem haece praecipue in plebis anima fraterno alloquio inculcare. Quae sunt: a seditione, a seditiosis usqueque caveant; aliena cuiusvis iura habeant inviolata; iustam dominis observantiam atque operam volentes exhibeant; domesticae vitae ne fastidiant consuetudinem multis modis frugiferam; religionem in primis colant, ab eaque in asperitatibus vitae certum petant solatium. Quibus perficiendis propositis sano quanto sit adiumento vel Sanctae Familiae Nazarethanae praestantissimum revocare specimen et commendare praesi-

(1) Ad Ministrum Generalem Ordinis Fratrum Minorum, die XXV novem. anno MDCCCLXXXVIII.

dium, vel eorum proponere exempla quos ad virtutis fastigium tenuitas ipsa sortis eduxit, vel etiam spem alere praemii in potiore vita mansuri.

Postremo id rursus graviusque commonemus, ut quidquid consilii in eadem causa vel singuli vel consociati homines efficiendum suscipiant, meminerint Episcoporum auctoritati esse penitus obsequendum. Decipi se ne sinant vehementiore quodam caritatis studio; quod quidem, si quam incertam debitae obtemperacionis suadeat, sincerum non est, neque solidae utilitatis efficiens, neque gratum Deo. Eorum Deus delectatur animo qui, sententia sua postposita, Ecclesiae praesides sic plane ut ipsum audiunt iubentes: iis volens adest vel arduus molientibus res coeptaque ad exitus optatos solet benignus perducere. — Ad haec accedant consuetudo virtutis exempla; maxime quae christianum hominem probant osorem ignaviae et voluptatum, de rerum copia in alienas utilitates amice impertientem, ad aerumnas constantem, invictum. Ista quippe exempla vim habent magnam ad saluos spiritus in populo excitandos; vimque habent maiorem, quum praesentiorum civium vitam exornant.

Haec vos, Venerabiles Fratres, opportune ad hominum locorumque necessitates, pro prudentia et navitate vestra curetis hortamur; de fideisque rebus consilia inter vos de more congressi, communicetis. In eo autem vestrae evigilant curae atque auctoritas valeat, moderando, cohibendo, obstando, ut ne ulla cuiusvis speciei boni fovendi, sacrae disciplinae laxetur vigor, ne perturbetur ordinis ratio quem Christus Ecclesiae suae praefinivit. — Recta igitur et concordia et progrediente catholicorum omnium opera, eo pateat illustrius, tranquillitatem ordinis veramque prosperitatem in populis praecipue florere, moderatrice et faulrice Ecclesia; cuius est sanctissimum munus, sui quemque officii ex christianis praecipis admovere, locupletes ac tenues fraterna caritate coniungere, erigere et roborare animos in cursu humanarum rerum adverso.

Prascripta et optata Nostra confirmet ea beati Pauli ad Romanos plena apostolicae caritatis, hortatio: *Obsecro vos. Reformamini in novitate sensus vestri. Qui tribuit, in implicitate, qui praestet, in sollicitudine; qui miseretur, in hilaritate. Dilectio sine simulatione. Odientes malum, adherentes bono: Caritate fraternitatis invicem diligentes, honore invicem praecedentes: sollicitudine non pigri: Spe gaudentes; in tribulatione patientes; orationi instantes: Necessitatibus sanctorum communicantes; orationi instantes; gaudere cum gaudentibus, flere cum flentibus: Id ipsum invicem sentientes: Nulli malum pro malo reddentes: Proidentes bona non tantum coram Deo, sed etiam coram omnibus hominibus (1).*

Quorum auxpe bonorum cecidat Apostolica benedictio, quam vobis, Venerabiles Fratres, Clero ac populo vestro amatissimo in Domino impertimus.

Datum Romae apud S. Petrum die XVIII. Ianuarii an. MDCCCLXII Pontificatus Nostri vicesimo tertio.

LEO PP. XIII.



EPÍSTOLA ENCÍCLICA SOBRE LA SANTÍSIMA EUCHARISTÍA LEON P. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

En cumplimiento de la santidad de Nuestro cargo hemos procurado y procuraremos, con el favor de Jesucristo, hasta el fin de nuestra vida estudiar y seguir los singulares ejemplos de admirable caridad para la salvación de los hombres que brillan en la vida de Jesucristo. Nacidos en tiempos en extremo hostiles á la verdad y á la justicia, no hemos cesado, en cuanto ha estado de Nuestra parte, de proporcionar, enseñando, amonestando ú obrando, como lo demuestra la última epístola Apostólica que os hemos dirigido, cuanto parece más apropósito ya para evitar el contagio de multitud de errores ya para robustecer los actos principales de la vida cristiana.

Dos cosas estrechamente unidas entre sí y de cuya consideración nos proviene fruto oportuno de consuelo en medio de tantas angustias, son dignas de recordarse en esta materia. La una, que juzgamos de feliz éxito, el culto universalísimo con que se venera en todo el mundo al augusto Corazón de Cristo Redentor; la otra el haber exhortado gravemente á todos los cristianos á consagrarse al corazón de Aquel que divinamente es camino, verdad y vida de los individuos y de las sociedades. Movidos y como impelidos ahora por la misma caridad apostólica y por la vigilancia de los tiempos que atraviesa la Iglesia, á añadir algo como perfeccionamiento á lo ya propuesto y realizado, y para recomendar aun más eficazmente la Santísima Eucaristía al pueblo cristiano, puesto que es el don divinísimo salido de lo más íntimo del Corazón del mismo Redentor deseando con vehementísimo deseo la singular unión con los hombres, y el hecho supremo para derramar los frutos saludables de su